

El Panorama.

PERIODICO

DE LITERATURA Y ARTES.

Tomo primero.—Entrega 10.



MADRID 31 DE MAYO DE 1838.

Imprenta de la Compañía Tipográfica, calle del Leon.

CONCLUSION

DE LOS OJOS NEGROS.

Un cuento que parece historia o una historia que parece cuento.

El humo que de mi boca despedía, formándome en torno una especie de atmósfera artificial, me separó por algunos momentos de aquel espectáculo, cuyas continuas variaciones é inarmónico estrépito, empezaban á fatigarme sobremanera; pero aquella tranquilidad fue momentánea.

A poco tiempo sentí al rededor una conmocion que hacia estremecer el edificio. Levantéme, y los que antes eran salones se habian convertido en campo de una horrorosa carniceria, en teatro de una sangrienta y obstinada lucha.—Y aqui, lector amable, quiero hacerte gracia de lo que mis ojos vieron, mis oidos escucharon y sintió mi corazon; porque facilmente podrá tu entendimiento suplirlo, si has cursado un poco la lectura de gacetas y demas periódicos en esta presente y calamitosa época.—Pasando, pues, en silencio ociosos pormenores, te diré que deseando saber al menos por qué se hacia aquella horrible matanza, se lo pregunté á varios de los mas encarnizados campeones, de los cuales la mayor parte me respondieron que lo ignoraban, respuesta que me sorprendió, aunque no tanto como el

oir á otros que la lucha tenia por objeto conquistar una peluca, para cierto calvo que no tomaba parte en los combates, pero que era el único que se podia prometer alguna ventaja de ellos.—El mancebo de los *ojos negros* andaba con los suyos brotando fuego, y con el ferreruelo teñido en sangre, repartiendo mandobles que era un contento, y recibiendo aplausos y coronas de laurel que no habia mas que desear. Pero sus ropas ya usadas y para pocas fiestas, empezaron á mostrar por todas partes la hilaza, y ni los encomitos, ni los lauros le bastaban á repararlas. En esto quiso la suerte que pasára cerca del paraje en que yo me habia colocado, y aprovechando la ocasion para sacarle de aquel estado que á mi entender no le convenia, le dije de manera que él solo pudiera oirme: “¡y los *ojos negros*! En oyéndome se volvió hácia mí, como quien despierta de un pesado sueño; miróme algunos instantes con asombro; pero se disponia á continuar su camino, á pesar de haberle yo repetido la frase que le detuvo. Por dicha la llama fosfórica se dejó ver entonces, y con su vivo resplandor deshizo el

encanta á que el peregrino parecia hallarse sometido. Arrojó lejos de sí con horror el ensangrentado ferreruelo, cayéronsele por sí solas las armas, y quedó en cuerpo tan roto y mal parado, que parecia la imagen de la mendicidad. Sin embargo, la vista de sus anhelados ojos, parecia prestarle vigor, y con no poca satisfaccion mia, se dirigió guiándole la llama y siguiéndole yo á una escalinata, que se dejó ver entonces en cierta parte del vestibulo, cuyos muros volvieron á condensarse, reapareciendo los que dividian los salones, y dejándose ver la concurrencia de cada uno en su forma primitiva, aunque á mayor distancia de nosotros de la que primero tenia. Entre tanto nosotros subiendo por la ya indicada escalinata, construida toda de jaspes de esquisito gusto y primoroso labrado, y adornada con estatuas de bronce y de tamaño colosal, cuyos originales no podré decir, porque lo resbaladizo de los escalones apenas me permitia separar de ellos la vista, íbamos acercándonos á un pórtico espacioso de admirable y suntuosa arquitectura, que servia de entrada á un vastísimo y elegante templo, cuya deidad, que era una hermosísima mujer se dejaba ver sobre un dorado trono en el fondo de él. Lo singular es que aquella deidad no era estatua ni símbolo, sino ser animado y real; sus formas eran humanas, pero su materia, una especie de sustancia etérea y luminosa, que esparcía en torno una luz suave como el primer albor de la mañana. Estaba desnuda, y nada hallaban en ella los ojos que pudiera ofender el pudor de la mas recatada virgen. Sin embargo de hallarse encima de un elevado trono, el hombre mas pequeño podia colocarse á su altura. Algunos se llegaban á ella, y le arrojaban una porcion de su propio cuerpo, y la diosa, en vez de manifestar dolor ú enojo, se les sonreia dulcemente, inscribiendo el nombre del osado mortal, en unas tablas de diamante que en la mano tenia con luminosos caracteres, sin que estos robos menoscabasen ó disminuyesen á la deidad que instantáneamente reproducia la parte arrancada.

Todas estas observaciones las hice siguiendo al mancebo que entró en el templo temeroso y absorto; y ocupó sumiso un asiento que le fue señalado por cierto personaje grave, ya anciano, vestido de un traje talar negro, y que por la vara blanca de marfil que llevaba en la mano, me pareció que seria á manera de *partiguero* de aquel recinto.

Los concurrentes al templo á pesar de ser bastantes en número, me parecieron pocos atendida la estension del vasto y magnífico ámbito de sus muros, la dulce tranquilidad que en él reinaba, y el encanto de la Diosa, cuyo semblante cautivaba el ánimo. Es de advertir, que no tenia aquel lugar otra bóveda que la celeste.

A los pies de la diosa y entorno de su trono, vuelto el rostro hácia ella, y mirándola de hito en hito con profunda veneracion se veia una docena, poco mas ó menos, de hombres de diferentes épocas y países, entre los cuales me pareció divisar á Newton ocupando un lugar preeminente.—En el salon estaban las gentes repartidas en diversos grupos, ninguno muy numeroso, algunos que no pasaban de dos personas, y aun muchos individuos permanecian aislados. Los que tenian en las manos instrumentos matemáticos, libros de calculos, esferas, mapas, &c., asi como los que examinaban plantas, minerales, y otros objetos de la naturaleza, estaban en general de cara á la diosa, y caminaban hácia su trono á pasos mas ó menos largos; mientras que otros, al parecer ocupados en teorías abstractas de todas especies, ó le volvian enteramente la espalda, ó cuando menos la miraban de través, rodeando en su camino que como de intento convertian de recto y facil en tortuoso ó intrincado laberinto. Sin embargo, la mayor parte parecian pesar mas por error de entendimiento ó por defecto de la vista, que por mala intencion, y el personaje de la vara blanca, cuidando de corregirlos cuando estorbaban á los que seguian la buena senda, cosa que acontecia frecuentemente, los dejaba tranquilos.—Pero en el extremo opuesto al que ocupaba el trono de

la luminosa deidad, habia una porcion, y era la mayor de los concurrentes, que volviendo la espalda á aquella, y empuñándose en examinar todos los objetos á favor de la luz artificial, á pesar de que como he dicho, la del cielo penetraba sin estorbo en el templo, disputaban continuamente, no solo confundiendo unos á otros, sino perturbando no pocas veces el religioso silencio que allí reinaba. Cuando esto sucedia con exceso el anciano de la vara se llegaba á aquellos malsinos, quienes ordinariamente se humillaban en su presencia, restableciéndose inmediatamente la calma; pero si alguno era osado á resistir, al punto heria el regulador el pavimento con su vara, y abriéndose un pozo bajo los pies del refractario desaparecia este del recinto sagrado.—En él se restableció la calma en el agitado espíritu del mancebo, y recobró mi cabeza el aplomo que las escenas anteriores le habian hecho perder casi del todo.—Mi peregrino apenas reposó algunos instantes se levantó de su asiento, para ir no sé donde, porque los del grupo bullicioso se avalanzaron á él, haciéndole de los suyos sin consultar su voluntad. Cuando uno le dejaba, el otro le tomaba: este le ponía en las manos un crisol lleno de guijarros asegurándole que le enseñaría á convertirlos en oro; aquel le mostraba quinientos volúmenes en folio, prometiéndole que se los haria aprender todos de memoria en cinco minutos. En una palabra, andaba el pobre de mano en mano como cántaro, iba y venia como pelota, chillábanle como á maniqui en carnestolendas; y hubieran dado con él al traste á no interponer su mediacion el anciano de la vara, merced á lo cual, y hundidos en sus respectivos pozos media docena de los mas revoltosos, pudo el peregrino incorporarse al grupo de los de las esferas. Apenas llegó á él, uno de sus mas graves personajes se le acercó, y presentándole un globo, le puso en las manos un compas, explicándole detenidamente la manera en que debía usarle. Por algun tiempo parecióme que el mancebo hacia progresos; pero como vie-

se revolotear en el aire la fosfórica llama, ya no le fué posible prestar atencion á las lecciones del maestro, quien alguna tanto impaciente alzó los ojos, y vió sin duda la causa de la distraccion del discípulo, pues encogiéndose de hombros, y mirándole como compasivo, le quitó bonitamente el compas de la mano, recogió su esfera, y haciéndole una reverencia, le dejó plantado como una estatua.—Por su parte el caminante no pareció sentir mucho aquella súbita separacion, pues la llama brillaba entonces con luz, si menos radiante, mas pura que nunca, y los ojos negros se fijaban en los suyos con dulcisima expresion.—El anciano de la vara blanca que á todo atendia divisó al punto el fenómeno que servia de norte á los pasos del peregrino, y acercándose á este, le tomó cariñosamente por la mano, guiándole hácia el trono de la deidad, á donde como era de razon seguí yo á entrambos. A medida que nos aproximábamos crecia el resplandor de la aureola de la diosa, de una manera que deslumbraba; un velo blanco y transparente que arrojó sobre nuestras cabezas, una mano invisible, vino al momento en auxilio de nuestra débil vista. Ya á los pies mismos del trono nos postramos en señal de adoracion, la diosa se sonrió dulcemente, y una puerta que se abrió en la aurea gradería dió entrada al peregrino, á mí y al anciano que desde entonces fue siempre detrás de nosotros. A pesar de que ya me iba familiarizando con los prodigios de aquel singular edificio, no dejé de sorprenderme que penetrase en la especie de bóveda por la cual caminábamos la luz de la aureola, como si estuviéramos en el templo de la diosa; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflexiones, porque mi peregrino siguiendo siempre á la caprichosa llama que iba delante de nosotros, como la estrella que sirvió de guia á los reyes magos, apretó el paso de manera que apenas me era posible conservarme inmediato á él. A pesar de mi cansancio se me ocurrió, que el anciano no podria seguirnos, y volví la cabeza, imaginando verlo á muy larga distancia; pero me engañé, pues ve-

nia pisándonos los talones, sin muestra alguna de fatiga, y conservando la misma gravedad y reposado continente que siempre. Después de una marcha de pocos minutos salimos de repente á un ameno jardín, en cuyo centro se elevaba una montaña, que por la regular y simétrica colocación de todas sus partes me pareció artificial. Sobre ella se veía á un hermosísimo mancebo, cuyos dorados cabellos ornaba una corona de verde laurel, y que pulsaba blandamente una lira de oro, haciéndole el coro nueve ninfas... ¿ para qué son descripciones?... Apolo y las musas; el Pegaso, la fuente de Helicóna...&c., &c.

¡ Cuerpo de Cristo! exclamé; esto ya es otra cosa; aquí hay gente conocida. Y en efecto era de ver el jardín poblado de poetas vestidos con elegantes pellicos, y ninfas con sus zurreos y sombrerillos, darse los buenos días con una anacréontica, de sayunarse con un madrigal, reparar las fuerzas á las doce con una oda, y cenar por lo menos algun soneto.

Todo en aquel sitio de clásica bendición estaba dispuesto artificioso y agradablemente; movíanse los seres á compás como músicos de reloj alemán: cuando llegaba la hora de reír todos reían; sonando la de llorar el llanto era universal. Sobre todo, fuera la que fuera la procedencia de un hombre, sus inclinaciones, país, hábitos y gustos, allí era preciso conformarse á las reglas del buen gusto de los fundadores: ¡ ay del que se atreviera á hacer gracia, ó á conmovier el ánimo fuera de lo prescrito, porque me lo ponían bonitamente á la puerta del jardín, sin que le sirviera haber tenido razones para hacerlo! Supe esto de un pastor, que me acometió al entrar con una lluvia de confidencias inesperadas, y que aun me añadió que no solo él sino muchos de sus compañeros estaban ya cansados de llevar aquellos pellicos que habian servido á un sinnúmero de generaciones, así como de enamorar á unas ninfas que tambien habian sido enamoradas por sus tatarabuelos, sino que segun noticias hasta el mismo Apolo y sus ninfas estaban hasta los ojos del parnaso y sus accesorios.—No pude

menos de reirme del calor con que el buen hombre tomaba la cosa, pero advertí que mientras le escuchaba, mi mancebo separándose rápidamente de mí y del viejo de la vara, se habia introducido con los pastores, y estaba ya vistiéndose un pellico al que todos tenían en gran veneración por ser de los mas antiguos. Yo no sé quien le dió un rabel, pero sí que á penas lo tomó en las manos, empezó á tañerlo y á cantar letrillas, endechas, y todo género de poesías amatorias á los ojos negros, sin cuidarse de unos cuantos corderos que le dieron á guardar, sin duda *pro-forma* y *ad honorem*. Viendo esto, el hombre de la vara, se tendió sobre el mullido cosped á la sombra de un copudo nogal, y durmiéndose en breve, roncaba al compás de los cantos del peregrino pastor. Los ojos de la llama al principio se fijaron dulcemente en el vate, cuyos sentidos acentos parecían enternecerlos; y aun observé que hubo un instante en que abriendo el fuego fosfórico su centro dejó ver toda una frente bellísima. Mas como el mancebo repitiese siempre lo mismo, pintando perpetuamente el arroyo cristalino y murmurador, la flor cándida, el céfiro blando y otras cosas por este orden; y como siempre tambien pidiese una paloma que nadie habia visto, y la devoción de un manso que nunca regaló: los ojos negros tomaron á buen partido el de cerrarse como si el sueño los venciera; y la llama dolida de ellos se cerró sin duda para animarlos en su seno.

Entre tanto que estas cosas sucedían, el pastor que me habia servido, digámoslo así, de *Cicerone*, al entrar en aquel recinto, no perdía su tiempo, pues yendo y viniendo de unos á otros, llegó á poner en planta un extraño proyecto. A cierta señal convenida, arrojaron los conjurados sus disfraces, que así llamaron á los pellicos, y llegándose á las ninfas que se les presentaron mas á la mano, las despojaron de sus artificiales adornos, poniéndolas á vista del público en su verdadero estado de tan viejas como asquerosas, rompieron ademas rabeles y zampoñas, respetando solo tal cual lira, y alguna que otra trom-

pa, y engrosados por la mayor parte de la juventud, se dirigieron en derechura á atacar al mismo Apolo. Viendo este llegar á la rebelde falange, quiso echar mano del arco con que mató á la serpiente Piton; pero el arco y el brazo estaban demasiado viejos para ser de alguna utilidad. Las musas temiendo que hicieran con ellas lo que con las ninfas, se ocultaron en una gruta: hubo alguno que otro de los pastores que quiso defender lealmente al desdichado hijo de Latona, pero tal fue la multitud de los rebeldes que cargó sobre los pocos fieles que los deshicieron en un momento.—Yo no quise tomar parte en el combate, lo mismo hicieron otros muchos; pero el mancebo, de mal humor por el efecto que sus cantinelas habian producido en los *ojos negros*, dió á los diablos el rabel, el zurron y el pellico, y se unió con celoso fervor á los destructores del Parnaso.

En pocos instantes sufrió este un cambio completo. Desapareció el monte regular convirtiéndose en una fragosa sierra: á los simétricos cuadros del jardín, sucedieron bosques improvisados á fuerza de hacinar troncos; á las fuentes, las cascadas; á los arroyos, los torrentes. En vez de los rabeles y las zamponas sonaron clarines, tambores, platillos, tams-tams, címbalos y cañones. A los suspiros se sustituyeron abullidos; á los idilios, imprecaciones. Los que antes de pastores se vistieron ahora de guerreros ó de verdugos, tiñéndose la cara y los brazos con almagre, en vez de sangre. Era de ver toda aquella gente desgreñada, simulando la desesperacion, haciendo cabriolas y por las peñas; quejándose del cielo y de la tierra; hablando mal de Dios y de los hombres; sosteniendo que los que el mundo llama criminales son *almas de escepcion, espiritus fuertes y otras cosas de este jaez*.

Los ojos negros, no sé si por curiosidad ó por qué, se asomaron al centro de la llama, á la cual acudió inmediatamente el mancebo; pero como la primera palabra que pronunciase con furibundo acento fue la de ¡ Maldicion !!!, se ocultaron los

ojos y alejó la llama con tal rapidez que no pudieron oír un "Yo os adoro" que siguió inmediatamente al estraño apostrofe del peregrino.

Tal era la algazara que alli habia, que el sueño del anciano de la vara no bastó á resistirla. Despertóse, pues, y mirando con ceño aquella desenfrenada y bullanguera turba, dirigió sus pasos hácia el mancebo, sobre cuya cabeza trazó dos ó tres círculos con su vara de marfil; y asiéndole en seguida de la mano, le llevó *velis notis*, á la entrada de un frondoso y ameno bosque que en el fondo del jardín se dejaba ver.—A pocos pasos que en él anduvimos, se restableció visiblemente la calma en el pecho del agitado peregrino: brilló á sus ojos la llama fosfórica, y en su centro se dejaron ver los fascinadores ojos negros, y toda una frente imponderablemente bella.

Insensiblemente fuimos internándonos en el bosque, en el cual parecia haber desplegado la naturaleza toda la magia de sus pinceles, todo el encanto de su poder. La amena variedad de aquel sitio, la temperatura fresca de su ambiente, dulce armonía del canto de las pintadas aveciillas, esmaltados matices de las flores, y magestuosa hermosura de su cielo, me persuadieron que de no ser el terrenal paraíso, por lo menos era lo mas parecido á aquel, en mal hora perdido asilo, que en la tierra pudiera hallarse. Empero, despues de algun tiempo de caminar llegamos á un parage, centro y suma de toda natural belleza, cubierto de praderas, regado por fuentes, amenizados vergeles, poblado de gentes, en cuyos rostros se dejaban ver el contento de un ánimo tranquilo é inocente. Pocos eran, á la verdad, los habitantes de aquel privilegiado suelo, pero tan unidos, tan cordiales, que no me parecia posible echar alli de menos ninguna otra sociedad del mundo.

Abiertos mirábamnos el peregrino y yo tan deliciosa region, pero el hombre de la vara blanca, que se nos habia vuelto á poner delante, nos hizo un gesto imperioso para que le siguiéramos, como en efec-

to lo verificamos, hasta cierto punto de aquel recinto, desde el cual pudimos registrarlo todo muy á nuestra satisfaccion. Pasó el anciano su vara por delante de nuestros ojos, y en el punto adquirimos en ella nueva y mayor perspicacia que nunca. Vimos entonces una ciudad diamantina y transparente en cuyo centro y colocada de manera que de todas partes se divisaba igualmente, estaba el templo de la dulcísima diosa, de quien ya he hablado al lector.

Los moradores era toda gente como la primera que dentro del bosque habíamos visto. Su ocupacion parecia ser la de copiar la figura de la deidad, desde diferentes puntos de vista, pero cuidando de cubrir su imagen con un velo mas ó menos gracioso, mas ó menos denso, que sin alterar su esencia, hiciese tolerable á la debilidad de los órganos del hombre, el brillo de su luz aun en las copias insufrible para los mas.

Pestróse absorto el peregrino, y á medida que la luz benéfica, que los muros de la prodigiosa ciudad despedian, iba pene-

trando en su alma la llama fosfórica abriéndose sucesivamente, dejó ver los *ojos negros*, pero en un rostro divino, colocado sobre el cuerpo de una muger, si tal es lícito llamar á un ser cuyas perfecciones no basta á pintar humana pluma.

A una señal del anciano, se enlazaron los brazos del peregrino con los de la sobre humana belleza y de consuno se dirigieron ambos siguiendo á aquel á la ciudad diamantina. Las puertas estaban cerradas pero el peregrino exclamó:

“Abrid, traigo la seña: amor y poesia: vengo guiado por el juicio, y voy al templo de la verdad.”

Yo iba á seguirlos; pero sintiendo que una mano invisible me detenía, hice un esfuerzo tan violento... que me encontré sentado á mi bufete acabando esta narracion, y sin serme posible recordar ni siquiera el camino para aquella ciudad, á la cual, sin embargo, no perdonaré medio ninguno para llegar, si Dios me concede salud y tiempo.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.



TOPOGRAFIA.



Constantinopla, llamada por los turcos Stambul, fue edificada en 330 sobre las ruinas del antiguo Bizancio, por Constantino, de cuyo nombre se deriva el de Constantinopla. Fue la capital del imperio de Oriente hasta 1453 que cayó en poder de los musulmanes y establecieron en ella la corte del imperio otomano. Está situada sobre siete colinas que se elevan forman-

do un anfiteatro, y terminan por una cadena de montañas cubiertas de un verdor hermoso. Su ámbito de figura triangular cercado de murallas, de las cuales las mas conservadas son las de Teodosio, tiene mas de siete leguas de circunferencia. El puerto que tiene comunicacion, al Norte con el mar Negro, y al Sud con el Mediterráneo, tiene mucha profundidad y pu-

de contener mas de 1,200 buques.

El aspecto que esta ciudad presenta al viajero, es sorprendente; su situacion es indudablemente la mas admirable del universo. Para conocer su magnificencia es preciso entrar por el embocadero de Belgrado y dirigirse al Serrallo, desde donde se descubren sucesivamente las siete montañas coronadas de mezquitas intermedias de calles y de magníficos jardines. El centro de la poblacion no corresponde á su exterior. Las calles en general son muy estrechas, las casas bajas, y la mayor parte de madera.

El edificio mas suntuoso que existe en esta célebre ciudad, es la antigua iglesia cristiana de santa Sofia, convertida en mezquita y desfigurada por los minaretes.

En una sediccion popular acaecida en el año de 630 bajo el imperio de Justiniano I, fue reducida á cenizas la primera iglesia dedicada á la sabiduría inspirada; y en el de 636 empezaron á abrirse los cimientos del actual edificio de santa Sofia, cuya obra duró ocho años.

La parte interior de la cúpula principal está cubierta de mosaico; y el resto de la iglesia dorado, aunque deteriorado por algunas partes.

Ademas de la cúpula principal hay otras ocho mas pequeñas. El plano geométrico del edificio tiene la figura de una cruz griega; y el espacio interior de Po-niente á Levante forma una elipse.

Las pilastras grandes que sostienen la cúpula son de piedra de talla unidas con hierro.

La galería que circunda interiormente la iglesia, reservada antiguamente para las mugeres, tiene 60 pies de ancho, y está sostenida por 67 columnas, de las cuales ocho son de pórfido, estraidas del templo del Sol en Roma, y seis de jaspe verde, del de Diana en Efeso. El primer

vestíbulo ó pórtico tiene nueve puertas de bronce con bajos relieves.

Algunos criticos, á pesar de contemplar con admiracion este grandioso monumento, han notado algunos defectos en la arquitectura que los griegos y los romanos hubieran podido evitar.

Santa Sofia es el templo cristiano mas antiguo que existe y cuenta de duracion 1,200 años. En 1317 lo mandó apuntalar Andronicus de Rodas con dos botareles.

El terreno deshabitado de mas extension que hay en los alrededores de Constantinopla es el que hoy llaman Atmeydan, conocido entre los griegos por el Hippodromo. En este sitio eran los espectáculos públicos y los combates de los atletas, á los que tanta aficcion profesaban los griegos. Por los colores verdes y azul de sus vestidos se distinguian los partidos que eran tan numerosos y tan encarnizados, que varias veces pusieron en consternacion á aquel moribundo imperio.

El Atmeydan está reducido en el día á 260 pasos de longitud y 150 de latitud. A un lado está la mezquita de Achmet y al opuesto un gran edificio que era el palacio del Cuestor, ahora destinado á hospital de dementes, á quien los turcos no quieren jamas poner en cura, porque creen que la demencia, y sobre todo la imbecilidad, son favores particulares que dispensa el Cielo á algunos seres privilegiados, privándolos de poder conocer los males y desgracias á que continuamente está espuesto el género humano.

Dos monumentos dignos de admiracion son los únicos que se conservan en el Atmeydan. Un obelisco de granito de 60 pies de elevacion, que ha sido transportado desde Tebas y la columna serpentina que sostenia antiguamente el Tripode de Delfos, ambos colocados por órden de Constantino cuando reedificó la ciudad en 330.

L.

El mérito de la siguiente composición, muy poco conocida del público por la circunstancia especial que motivó su publicación, nos impele á reproducirla en nuestro periódico, creyendo hacer en ello un obsequio á los amantes de la poesía.

ELEGIA.

Tornó á lucir, tornó la infausta aurora
De amarga adelfa y livida enlutada,
Pálidas rosas al dormido mundo
De su frente vertiendo,
Y la alba nieve del diciembre helada.
Con débil rayo precursor tiñendo.
Conocióla Fileno, y un suspiro
Tristísimo exhaló; y en lo profundo
De su pecho tembló.—Sí, triste esposo,
Es ella, es ella; entre punzante hielo
Mírala descojer las blondas trenzas
De su dorada cabellera, mira
Cual la cae sobre el mustio suelo
En yermador rocío,
Y cual lo tala, y no de amantes brazos,
El mundo oprime con sus yertos lazos.

Ella es la misma que en tu pecho amante
Clavó el puñal—pero, ah! que harto honda llaga
En él dejó sangrienta y humeante
Para reconocerla. ¡Oh! cual te amaga
Encapitada y fiera
Con nueva desventura
Mas acerbo dolor, mas amargura,
Herida mas atroz que la primera!
Luego la muerte al verla
De funerales galas adornada,
La conoció tambien regocijada
Y feroz sonrió—¿qué? ¡siempre, dijo
La frente altiva del ilustre vate
Veré de rosas y laurel orlada!
¡Nunca bañada en el dolor sombrío
Ceñí guirnalda de cipres funesto!
Y qué ¿á enlutar el artesón dorado
No alcanza ya mi eterno poderío?
Llore tambien el que tan dulce pulsa
El suave plectro de oro.
No es insensible, no: que caiga, caiga

Su amor y florará—Digno holocausto
Será en mis aras su doliente lloro.
Y señaló su víctima, implacable
Y... tente, tente, despiadada, torna
El rostro á ver de la que herir pretendes.
Si no sus rosas, su apacible encanto
Pueden contigo tanto
Muévate al menos el mirar que nunca
Otra herida mas bella,
Y mírala y aguarda... y hunde luego
Si puedes ya, cruel, tu acero en ella.
Si hermosas buscas, ¡en mi patria hay tantas!
Pídele á Amor y te dará sin cuento.
Si pechos de partir enamorados
Quieres, en ellas tu puñal sangriento
Hunde, que todas aman.
¿Pechos nobles pretendes? en mi patria
No busques, lo son todos... ¡Pero en valde
La virtud, el amor unidos
Por la inocente víctima á ti claman,
Que así tambien el aguilon rabioso,
Entra en el bosque salvador, y escoge...
Triunfos cortos desdeña
Y al alto cerro, al roble poderoso
Que su alta copa en el olimpo esconden,
Su gran poder enseña.
Ni ya sus galas mira: su hermosura
Es, y su esbelto talle
Lo que él aun mas en derribar se empeña:
Nunca empleó su furibunda saña
En el flexible mirto,
Nunca en la débil y sonante caña.
Cayó, cayó: su sombra bienhechora
Con él desapareció. ¡Y así en el pecho
Que de candor y de bondad velado
Presenta á su favor, quedó por siempre
El santo lazo del amor deshecho!

¡ Roto por siempre ! Llorar,
 Llorar ! tal fue de aquellos el destino
 Que á ennoblecir nacieron
 El siglo venturoso en que vivimos
 ¡ Oh ! triste sello que contigo lleva
 Quien tuvo el fuego inspirador del genio.
 ¡ El que embelesa el mundo, el que sublime
 Su frente escelsa entre el laurel funesto
 A la encumbrada cima,
 De dó contempla los humildes hombres,
 A llorar mas que todos fue allí puesto !
 ¡ Y solo á tanto precio galardona
 La frente al hombre la eternal corona !
 Suelta el llanto Fileno; de esos fuiste
 Que al infausto destino
 Del que te anima espíritu divino,
 El sacrificio de tu dicha hiciste
 Desde climas lejanos
 El la traje cruel á que lloráras,
 Y á dejar con la vida entre tus manos
 La eterna fé que te juró en las aras.
 Súctale , y tambien mira
 Al Camoens y al Petrarca,
 Triste juguete el uno de fortuna,
 Mecido el otro en su fulgente cuna,
 El raudal acrecer del Gange y Sorga,
 Allí empapando en su dolor la tierra,
 Sobre la tumba de su amor se encierra.
 ¡ Y es dulce al corazón ! ¡ y de aquel triste
 Que en su dolor no goza
 Y que en la insensatez de su alegría
 Nunca escitó el placer de la tristeza
 En sus instantes bellos
 Dulce melancolía !
 Ni hombre es , ni digno de vivir entre ellos.
 ¡ Oh , eual te miro en tu dolor cebarte,
 Y repugnar consuelo,
 Abriendo el pecho con placer tan solo
 Ansioso de llorar , al triste duelo !
 Y blando el pecho recibirle , como
 La bella maravilla de las flores
 A las tinieblas de la noche fria
 Abre ansiosa su caliz
 Que adusta tierra al resplandor del día !
 Y halagas tu dolor , y otra vez tornas
 A derramar de nuevo acerbo llanto ,
 Como el leon herido en el desierto
 Victima triste del ardor que siente
 Lame la llaga que el harpon le ha abierto.
 Vuelve , vuelve á mirar en torno tuyo :
 Vuelve los ojos á tu amante hija
 Que con la faz llorosa
 Y alzando en alto las dolientes palmas
 Su madre al cielo pide congojosa.
 Oh ! tu dolor mitiga

No el suyo acreceas con tu llanto eterno,
 Y es aun para la pena
 Su blando y jóven corazón muy tierno.
 El cielo te la dió compadecido ;
 Piedad en ella te dejó espirante
 De un nuevo amor manantial fecundo,
 Dulce remedo de su amor perdido.
 A la enramada triste
 Asi la flor en la estacion querida
 Tras sí un tierno boton deja muriendo,
 Germen futuro de abundante vida.

A la callada losa
 Mirala de esplendor bajar bañada,
 Como al mundo nació ! pura y hermosa ;
 Y cual suele bajar al Occéano
 En su ardiente lucero,
 La diosa del amor, llevando en torno
 Los amores consigo ; el son terrible,
 El batallar furioso
 Tempia, y su rabia suma
 Al recibirla, la sonante espuma,
 De gloria y de hermosura centellante
 Como nació de entre sus ondas bravas
 Mas que el Olimpo pura y rutilante.

Mira detrás cual deja
 Un surco inmenso de su luz hermosa ,
 Ella desapareció, mas largo espacio
 Su fulgor ilumina
 La ancha espalda de Tetis espumosa,
 La alta cumbre de Atlante, alli vecina
 Hasta morir del todo. Vendrá el tiempo
 Así tu duelo á devorar profundo
 Y solo un rayo dejará en tu mente,
 Y bañaránla entonces
 Dulces recuerdos del dolor presente ;
 Que en la memoria el naufrago se agrada
 De la antigua tormenta ya pasada.
 Y ya no lloráras, que luengos dias
 Vendrán á helar en tu tranquilo pecho
 El fuego , el sentimiento : y el deshecho
 Tumultuoso huracan de las pasiones
 Calmará su furor. Tu plectro de oro
 Conservarás entonces, que sonoro,
 Sobre las ruinas del amor , el tiempo
 Tu triunfo cantaré ; no ya cual suele
 Impelido del Boreas , ó del Noto
 La llama el bosque devorar remoto.
 Sí como el blando sol que anima suave
 En el octubre el pámpano florido ,
 Y el dulce fruto hinchando , solo ardiente
 De tiempo á su pujante brio
 Torna tal vez á demostrar al mundo
 Que aun es el mismo que abrasó en Estío.

MARIANO JOSÉ DE LARBA.

La Fuga.

—Oscura está la noche, Isabel, amenaza una tempestad. Mi turbacion y mi desasosiego eran por sí demasiado grandes para que debiesen aumentarse con el trastorno de la naturaleza. No sé en qué consiste, pero cuando voy á cometer una accion que será liviana por mas que digas, lo mas pequeño me altera y la cosa mas insignificante me atormenta. Abre esa ventana y mira si la luna al salir ahuyenta las oscuras nubes que ennegrecen el cielo y pesan sobre mi corazon.

—Tranquilizaos, señora; la oscuridad de que os quejais es un signo de que el cielo favorece vuestra resolucion y protege vuestra huida, espesando las sombras de la noche, que deben encubriarla. Y no hallo, por cierto, liviandad en seguir la suerte de un caballero que es ya vuestro esposo, y en abandonar á un pariente desnaturalizado que os usurpa vuestras riquezas y os roba vuestra libertad.

Hallábanse las dos personas que así hablaban en una habitacion suntuosamente adornada, según el gusto del siglo XVI. Una de ellas jóven y de hermoso parecer, y cuyo rico vestido indicaba que pertenecía á la mas alta clase de la sociedad, se hallaba sentada en un sitial inmediato á una mesa sobre la cual ardía con débil y apagada luz una lámpara de plata. Apoyaba un codo en el brazo del sitial y con la mano puesta en la megilla de su triste y anublado rostro parecía entregada á dolorosas reflexiones. La otra que se conocia

era camarera de confianza, alegre y desenvuelta muchacha, andaba de una parte á otra, ya obedeciendo las órdenes de su ama, ó ya procurando distraerla y animarla. Era muy cerca de la media noche de un dia de julio. Hacia un calor húmedo y pesado precursor de una tormenta de verano, que se anunciaba ya por repetidos relámpagos que despedían los grupos de nubes que coronaban el horizonte. A poco de haber abierto Isabel las celosías de una ventana que daba á un jardin poblado de altísimos árboles, principió á oirse el acompasado ruido de gruesas gotas de lluvia, que se desprendían de la atmósfera. Levantóse la dama y se asomó á la ventana: el viento impelia la lluvia sobre su rostro, y no se separaba de ella porque hallaba alivio en respirar el aire fresco que soplaba ya y parecia que el agua que la alcanzaba mitigaba el fuego de su atormentada mente. La camarera á su lado callaba respetando el silencio de su ama. Así pasó algun espacio de tiempo, hasta que un vivísimo relámpago al que siguió un fuerte y prolongado trueno que sonó sobre sus mismas cabezas, las sacó á ambas de su adormecimiento. Retiráronse de la ventana espantadas, y al mismo tiempo pareció en la habitacion un caballero jóven y gallardo, cubierto con una ancha capa, que arrojó al suelo. Olvidó la dama su repentino terror y se arrojó en los brazos del caballero.

—¡ Mi Leonor !

—¡ Fernando mio !

Y no acertaban á desasirse uno del otro. Pasados los primeros impulsos de su cariño, dijo el caballero;

—Tengo apostada mi gente en el punto convenido y preparados caballos. La tempestad, sin embargo, es demasiado violenta para que podamos emprender al momento nuestra huida: el tiempo pasa y la tardanza puede sernos fatal, porque según me han informado, debe tu tío hallarse aquí mañana mismo.

Miró Leonor á su amante como perpleja y asustada. Temerosa la camarera de que volviese de nuevo á sus pasadas aprehensiones, se apresuró á tomar la palabra para decir que su señora todo lo tenía dispuesto para la fuga. La tempestad seguía en tanto con la mayor violencia. Leonor callaba, pero parecía dispuesta á seguir á su esposo: este miraba con inquietud el cielo y la criada recorría la habitación reuniendo todo lo que debían llevar los amantes.

En esto descubrieron los tres al través de la oscuridad y de la espesa lluvia, una luz viva y rojiza como de hacha de viento, que atravesaba el jardín á bastante distancia de la ventana. Un movimiento instintivo de la camarera la hizo tomar la lámpara que sobre la mesa ardía y encenderla en un apartado rincón de la habitación. Sobresaltóse el caballero, y Leonor quedó muda de espanto. Isabel, que como menos interesada no se asustó tanto, acudió á la ventana, despues de haber ocultado la luz, procurando alcanzar quien ó quiénes eran los que á tales horas y con tal tiempo transitaban por un sitio descubierta; pero era tanta la oscuridad y tan fuerte la lluvia que le fue imposible conseguirlo, como tampoco á los dos amantes que imitaron la acción de la criada.

—¿Quién podrá ser? exclamó Isabel poniéndose un dedo en los labios en señal de duda. El cancerbero Rodrigo, á quien Dios confunda, duerme hace mucho tiempo, y en su poder están todas las llaves... Mirad, señora, la luz se dirige hácia la entrada de las habitaciones bajas... ahora está inmóvil, sin duda, porque los que la

llevan han llegado debajo del cobertizo... No hay remedio, es preciso ver lo que es.

Y se dirigió con el mayor atrevimiento hácia la puerta de la habitación, resuelta á recorrer sola y á oscuras todo el castillo que era necesario atravesar, hasta llegar al sitio en donde la luz acababa de desaparecer. Opusieronse los dos amantes á tan osada resolución, y Fernando quiso acometer él la empresa.

—Nada de eso, dijo la resuelta muchacha, lo primero porque no conoceis tan bien como yo el camino, y os espondriais á tropezar con mil inconvenientes y acaso á despertar á todo el mundo; lo segundo porque mi señora se quedaria muerta de susto, y lo tercero porque siempre habéis de hacer mas ruido que el que yo haré. Conservad la luz bien escondida, guardad el mayor silencio, cerrando la puerta así que yo salga, y descuidad que yo sabré averiguar lo que tenemos que temer.

Y sin admitir mas réplicas ni atender á razones, quitase el calzado, se arregló el vestido de modo que no hiciese ruido alguno y desapareció de la habitación ligera como un ave. Fácil es imaginar cuán sobresaltados quedarían los dos amantes durante su ausencia. Cerró Fernando la puerta, como se le había encargado, previno sus armas para cualquier evento, y se puso á la ventana con el objeto de procurar percibir algun rumor que le avisase. Leonor se dejó caer medio desmayada en un sillal, hallándose incapaz de tomar la mas mínima resolución.

Media hora se habria pasado en tal situación sin que lo mas mínimo interrumpiese el silencio de la noche, salvo el ruido del agua que caía en abundancia, habiendo cesado la tempestad, cuando oyeron á la puerta la voz de la camarera, que con precaucion y premura pedía que abriesen. Hizolo el amante con la mayor prontitud y vió entrar á la doncella chorreando agua de pies á cabeza y con señales del mayor susto.

—Es preciso, dijo, tomar pronto una resolución: el señor conde está en el castillo y no sé cómo se ha apoderado de uno

de los de vuestra comitiva á quien yo misma he oido declarar villanamente todos los intentos de su señor y su entrada en el castillo.

—¿Pero cómo?...

—No es ahora del caso referir cómo he logrado averiguar esto, el estado de mis vestidos os indicará que no me ha sido muy fácil conseguirlo. Baste saber que el conde se puso furioso al oír la relacion de vuestro criado, que ha dispuesto tomar todas las salidas y cortaros toda comunicacion con vuestra gente, y despues vendrán aqui á buscaros... No hay que turbarse sino ver de salir del apuro... Ellos estan descuidados creyendo que son ocultos sus intentos; pero la entrada secreta que os ha servido á vos está ya tomada y dentro de pocos momentos lo estarán todas.

El susto de Leonor fue estremado: la inquietud de Fernando sin límites; y en efecto era apurada su situacion. Muy poco le hubiera importado al segundo, segun las ideas exageradas de la época, el tratar de abrirse paso con la punta de su espada; pero dejar á su amante á merced de un tutor avaro y cruel, que abusaria de la ventaja que le proporcionaria la falta de su sobrina para oprimirla, y acaso para robarsela para siempre, le era imposible. Arrojarle á salir con ella á la fuerza no podia menos de conocer que era absurdo, y en tanto pasaba el tiempo y era de temer viniesen sus enemigos de un momento á otro.

—¿Qué haremos? dijo Leonor con voz exánime.

—¡Voto á!... exclamó Fernando desesperado de no hallar un medio.

La criada, que como sucede siempre á todas las personas que tienen cierta presencia de ánimo, conservaba el ascendiente de la serenidad y la sangre fria, despues de haber cerrado la puerta y la ventana con cuidado, esperaba con impaciencia la resolucion que tomarian; pero vió con asombro que nada hacian mas que apurarse, y que últimamente la miraban á ella como esperando que indicase algo.

—Un solo recurso queda, dijo con con-

fianza, aunque mas bien trataba de inspirarla que la tenia.

—¿Cuál? digeron á un tiempo los dos amantes

—Peligroso es, pero único. ¿A qué distancia del castillo estan vuestros soldados?

—A menos de dos tiros de ballesta de los muros del jardin, junto al molino.

—Pues bien; y yo me encargo de salir á avisarlos y de conducirlos aqui. El cómo no es del caso explicar. Vos cerrareis todas las puertas, las dejareis echar abajo para ganar tiempo, y en último caso hareis entrar á la señora en esta alcoba que no tiene comunicacion y defendereis la puerta hasta que os llegue auxilio.

Poca probabilidad de buen éxito tenia el plan de la muchacha, pero no estaban los amantes en situacion de imaginar otro mejor, ni habia tiempo de discutir. Tomó Isabel la daga del caballero, y partió con la mayor celeridad, no por la puerta secreta por donde habia entrado el amante, sino por otra que daba á una galeria.

Pocos minutos habian pasado desde su marcha cuando llamaron á la misma puerta con fuertes golpes, y Leonor oyó la voz de su tio que la mandaba abrir. Hizo Fernando lo que la camarera le habia encargado y guardó silencio. Viendo los que llamaban que nadie respondia emprendieron el derribar la puerta lo que en efecto consiguieron á muy pocos instantes.

—Guárdese de acercarse el que estime en algo su vida, dijo Fernando con resolucion.

—¡Vil seductor! exclamó un caballero anciano que venia al frente de los acometedores.

Y adelantándose á todos cruzó su espada con la de Fernando, prohibiendo á los demas tomar parte en la contienda. Defendíase el amante con vigor, aunque procuraba no herir á su adversario. Leonor, mas muerta que viva, trató una ó dos veces de interponerse entre los combatientes, pero Fernando con mano fuerte se lo estorbó. Viendo el viejo que nada conseguia mandó á los suyos que acometiesen, y entonces

EL PANORAMA.



La Fuga.

Grabado por D. Vicente Castelló en el Liceo Artístico y Literario
en las últimas sesiones de competencia.



principió una pelea mucho mas peligrosa para el amante, á pesar de que tenia resguardadas las espaldas y los costados. No hubiera podido sostenerse mucho tiempo; pero en esto se abrió la puerta de la galería y entró por ella un grupo de guerreros que acometió por la espalda á los soldados del viejo. Volviéronse todos sorprendidos de tan repentino ataque, y Fernando, que conoció á los suyos, se aprovechó de este movimiento y tomando á Leonor en sus brazos, pudo ganar la retaguardia de su tropa.

—Cubrid mi retirada, dijo al que los dirigia, para que ponga en salvo á mi esposa.

—Marchad, le respondió.

Y arremetiendo con nueva furia á los satélites del conde, dió lugar, á pesar de los esfuerzos de este, á que Fernando entrase en la galería con Leonor. Esta animada de un valor indeliberado lo siguió apoyada en él. Bajaron una escalera no sin que Fernando volviese repetidas veces la vista atrás como sintiendo no tomar parte en la escaramuza. Varios de sus soldados lo siguieron y así llegaron hasta una de las puertas del castillo.

(La conclusion irá en el próximo número.)

Síde Abenamar

Redactor del Periodico *Nosotros*.

Hemos visto con sumo sentimiento, señor Morito, que ha negado vuestra merced el *exequatur* á cierto artículo de *hombres con cola*, que por sus pecados hubo de escribir uno de nuestros colaboradores. Como tenemos en gran estimacion el voto de vuestra merced, no podemos menos de suplicarle alce el entredicho, que pesa sobre el citado artículo de las *colas* con su apéndice acerca de ciertas isleñas que padecen persecuciones por las sacerdotisas; y para demostrarle que debe hacerlo así le referiremos un cuento que viene á nuestro parecer como de molde.

Es, pues, el caso, que allá en los tiempos antiguos, cuando habia en España inquisicion y no viajaban por ella los comisionados de la sociedad bíblica, dió cierto honrado mercader de la calle Francos de Sevilla en la desgraciada manía de andar en dimes y diretes con los teólogos, y de ne-

gar el misterio de la Trinidad. Es claro que el buen hombre no argumentó mucho tiempo al aire libre, y que *ipso facto* fue metido de patitas en la carcel del negro oficio. No sabemos nosotros si allí le sucedieron aquellas cosas espantosas que nos refieren las leyendas; pero sí está averiguado que se ocuparon en la conversion del incauto mercader cuantos padres maestros de letras y santidad contenian en aquella época (y no eran pocos por cierto) todas las órdenes religiosas mendicantes y monacales. Pero todo fué inútil, y á todo contestaba el im-
pso maníático, que él sabia muy de cierto que uno no era tres, y tres no eran uno. Fue el último de los que con él argumentaron un robusto provincial de franciscanos, que despues de perder mas de dos horas en explicarle la verdad del sagrado misterio, salió dando á los diablos la estúpida terquedad del réprobo. Acompañaba al provincial

un lego socarron y despierto, el cual viendo la cólera de su superior, le dijo:

—Vuestra reverencia, padre maestro, tiene muchísima razon en enfadarse de veras contra ese desventurado idólatra, pero á decir verdad no creo que haya empleado con él todas las razones de persuasion que hacían al caso.

— Calle el deslenguado, exclamó el provincial, ¿ cómo tiene valor para juzgar de lo que no entiende?

— No entiendo ¿ eh? Pues sin embargo, me atrevo á prometer que convertiria á ese hombre, y haria una cosa que tantos sabios no han podido hacer.

— Déjese el hermano lego de majaderías.

— Digo, padre maestro, que lo prometo y lo cumpliré.

— Tentado estaba de que lo probase, para convencerlo de su crasa ignorancia.

— Pues bien, espéreme vuestra reverencia aqui y verá maravillas. Hay cierto idioma bárbaro y particular que suele con algunas personas producir mas efecto que la misma razon.

Volvió á entrar en efecto el lego en la prision del mercader y esperóle fuera el provincial. El nuevo catequizador se dirigió al preso y le dijo:

—Vamos, hermano, dígame qué dificultades tiene respecto al misterio de la Trinidad, que yo procuraré desvanecerlas.

—Tengo una, y muy grande, respondió el loco con ojos descañados.

— ¿Cuál es? preguntó el lego.

— Que no puedo conceder de ningún

modo, que siendo un Dios haya tres personas.

— Pero ven acá mentecato, exclamó el lego lleno de entusiasmo, ¿ las has de alimentar tú á tu costa?

— Yo no.

— Pues entonces, hombre de satanáas, ¿ qué te importa que sean tres ó veinte?

Pensó un instante el mercader, dióse por convencido, abjuró su error, y fué perdonado por el tribunal mediante una ligera penitencia.

Algo brutal, señor Abencerrage, fue el argumento *ad hominem* que usó el lego; pero produjo efecto; y un hombre que por sus cortos alcances no habria quizás comprendido las sólidas y fundadas razones que se le habian alegado, deducidas de las innumerables pruebas que acreditan la verdad de nuestra santa religion, se dió por vencido al oír la necesidad del lego. Y ahí tiene, vuestra merced, otra moralidad de nuestro cuento, ademas de la otra que le dirigimos, y que puede FORMULARSE diciendo: *á cada cual en su lengua.*

Como nosotros no tenemos aun las licencias necesarias para citar á Quevedo con riesgo de ofender los oídos castos, nos abstenemos de referir á vuestra merced otro cuento, que no venia mal al caso de las *sacerdotisas formosas* y de las *mugeres que paren á su tiempo.*

Ablándese, pues, vuestra merced, señor Ismaelita, y sepa que ya que no se *enseña al que no sabe*, se debe perdonar á los que *no saben lo que se hacen.*

J. VARELA.

ENTUSIASMO ARTÍSTICO.

No hay historia mas vulgar, que la que refieren de un artista italiano, que estando pintando un santo Cristo copiado del natural, llevado de un fanático entusiasmo, se

lanzó con un puñal sobre el que le servia de modelo, hizple una herida en el costado izquierdo, aprovechando despues los momentos en que el paciente se desan-

graba para continuar su obra.

Esta misma anécdota se cuenta de mil maneras distintas; pero sea de ello lo que quiera, la que vamos á referir tiene visos de verdad, si hemos de creer lo que estampamos acerca de esto un periódico francés, con el epigrafe *Estafeta de Paris*. Dice que en esta misma ciudad, necesitando otro pintor un modelo para concluir un cuadro que tenia encargado, cuyo asunto era la muerte de *Milon de Crotona*, se valió para ello de un mozo cordel, que por su constitucion atlética era el mas á propósito para copiar al desgraciado *Milon*. Luego que se desnudó y dejó ver su ancha espalda y hercúleas formas, exclamó el pintor lleno de gozo: "soy feliz, ya tengo lo que necesitaba." Convenido que fué lo que debía ganar

aquel *ciudadano* por la esposicion de sus denegridos músculos, se dejó atar las manos á una argolla de hierro para imitar la posicion de *Crotona*, sujeto á un árbol, explicándole la situacion en que queria pintar á su héroe para que se identificase con ella. Pero el modelo que, ó no comprendió cuanto le habia dicho el artista, ó no se cuidaba de cumplirlo, permanecia indiferente é impassible con una espresion ajena del asunto. Nuestro pintor cansado de repetirle siempre una misma cosa, se valió de un remedio ingenioso y *casero* para animar su fisonomía. Bajó al patio, desató á un perro, mas aficionado á morder que á cazar, y lo lanzó sobre el modelo, que imitó muy á lo vivo las angustias y torturas de *Milon de Crotona*.

MODAS DE SEÑORAS.

La abundancia de materiales y los estrechos límites de nuestro periódico no nos permite, como quisiéramos, dar mas estension á este artículo que mensualmente dedicamos á nuestras bellas suscriptoras, quienes seguramente son las que con mas aficion se aplican á su lectura; sintiendo no poder complacerla en el número de hoy. Sin embargo, daremos una idea de las telas que mas se usan, asi como de las hechuras de los vestidos, segun las noticias que nos hemos procurado y las que nos han suministrado los periódicos de modas estranjeros, de los cuales hemos copiado el último figurin que se ha recibido en esta capital que acompaña á este número.

Las telas que mas aceptacion empiezan á tener en el dia son los cachemires de lana, el gro labrado, tornasolado y *muaré*; la brillantina y *fular de raso*; y la hechura mas frecuente de los vestidos, es la de los petos con cordón á la cintura ó guarnicion, mangas ceñidas hasta el codo, y anchas por arriba, segun se vé en el figurin que acompañamos. Tambien ha empezado á usarse la muselina de la India con cordo-

nes de seda á *nayar*, y segun todas las probabilidades será lo que mas se gaste en la próxima estacion. Los chales de muselina se llevan ó forrados de seda ó guarnecidos de encaje y festoneado: unos formando manteleta y otros cuadrados, segun el gusto y facultades de cada uno. Las manteletas negras son tan comunes que pueden considerarse como un uniforme entre las señoras, y solo varian en el mas ó menos ancho del encaje que las guarnece.

En los sombreros de paja ó de tela emplean en lugar de blonda cualquier otra clase de encaje, y las flores y nudos que los adornan se colocan tan bajos, que casi van en las mejillas.

No concluiremos este artículo sin anunciar á nuestras hermosas suscriptoras, que en la tienda de modista de doña Dolores Gutierrez, calle de la Montera, núm. 36, cuarto segundo, hallarán un completo y variado surtido de géneros de moda de los que hemos hecho mencion, asi como de algunos otros que no nos ha sido posible citar por las razones que arriba dejamos indicado.

ALBUM.

LICEO ARTISTICO Y LITERARIO. En la sesion del jueves próximo pasado leyó el Sr. Romea una traduccion amplificada del salmo *Super flumina Babiloniae*, hecha con la mayor inteligencia y perfectamente versificada; siendo digna de notarse asi en esta como en otra del mismo género que leyó su autor en una de las sesiones anteriores, la notable felicidad con que ha sabido conservar la índole de la poesia sagrada, sin perjudicar en lo mas mínimo á una fácil, sonora y robusta versificación. El Sr. Zorilla leyó tambien una preciosa composicion con el epigrafe *A un arroyo*. Es superior á todo elogio y honraria al mejor de los poetas castellanos. Otra del Sr. Bermudez de Castro titulada *Dios*, que tambien fue leida por su autor. Brillan en ella ideas y pensamientos en cuya alabanza basta decir que son dignos del asunto, una verdadera poesia de conviccion que solo produce el genio, y en cuanto á la forma, una versificación llena de energia y facilidad, y un estilo y language inteligentemente imitativos y adecuados. Y no tememos que al decir esto se nos tache de parciales por los que conocen la composicion del Sr. Bermudez de Castro; habrá críticos que notarán en ella defectos y sin duda los tendrá; pero nosotros pare juzgar á la juventud y al genio, contamos mas con nuestro corazon que con nuestra cabeza. Los Sres. Salas y Calvet cantaron acompañádoslos al piano el señor Basili, el conocido duo de dos bajos en la ópera *Chiara di Rosenberg*, y fueron con justicia muy aplaudidos. El primero cantó en seguida con una de las señoras de la seccion de música el duo *lenza tanti complimenti* que tambien fue celebrado con repetidos aplausos. El profesor de violin don Juan Guervós toó una sonata acompañándolo al piano otra de los artistas de la seccion de música, logrando los merecidos aplausos de la concurrencia. Algunas otras composiciones poéticas y musicales se leyeron y ejecutaron, dignas todas de alabanza como las anteriores y aplaudidas como estas. La seccion de pintura tomó tambien una parte activa en los trabajos de la reunion, pintando varios de sus individuos composiciones de mucho mérito, entre las que son dignas de atencion las de los Sres. Gutierrez, Esquivel, Villaamil, Van-Halten, Villaamil (D. Juan) y otros. Vemos con

estraneza á algunos individuos de esta seccion cuyo talento está reconocido, y que desde la fundacion del Liceo no han tomado jamás parte en las sesiones de competencia. Respetando los motivos justos que para ello hayan podido tener, no podemos menos de indicarles nuestra estraneza de que tambien participan muchos de los concurrentes al Liceo, que como nosotros, conocen y aprecian su mérito.

TEATROS CASEROS. El domingo se representó en el de la calle de Leganitos la comedia original y en verso *Un Tercero en discordia*. A pesar de las buenas noticias que teniamos del mérito de los jóvenes que componen esta sociedad, nos llamó la atencion lo bien que desempeñaron sus respectivos papeles, y el órden y buena direccion que se notaba en aquella agradable reunion.

Hemos visto impreso un drama original en prosa y verso en cuatro jornadas titulado *Doña Urraca* (1), su autor D. Eusebio Asquerino. Esta primera produccion debida á la pluma de un jóven de muy corta edad, revela su precoz talento. En ella brillan ademas de la facilidad y fluidez de su versificación, escenas escritas con passion y un argumento bien conducido á su desenlace. Si el Sr. Asquerino se dedica como debe, á la espinosa carrera que ha emprendido, creemos que llegará con el tiempo á ocupar un lugar distinguido entre los escritores dramáticos.

EL LIBRO DEL PUEBLO. Véndese con este título en las librerías de Cuesta y Escamilla una obra escrita en francés por el célebre Lamennais y traducida al castellano por D. Eugenio de Ochoa. Sentimos que la índole de nuestro periódico no nos permita analizarla como quisieramos, debiendo limitarnos á decir que la importancia del asunto, el modo con que está escrita, y el objeto á que se dirige, la hacen digna de la mayor atencion. Es un tomo en 8.º y su precio ocho rs.

(1) Se halla de venta en la librería de Escamilla, calle de Carretas.

NOTA. La abundancia de materiales no nos ha permitido dar cabida en este número á un remitido que se nos ha dirigido en contestacion al artículo del baile que insertamos en el número anterior, el que ofrecemos publicar en el siguiente.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de las provincias, cuyo abono concluye en fin de mayo, pasarán á renovar la suscripcion, si no quieren sufrir retraso en la recepcion de los números.

Aviso.

Se admiten anuncios de obras literarias y objetos de artes, los que se insertarán en las cubiertas por un precio módico.

Libros de venta en la librería de Monier.

Les voix interieur, por M. Victor Hugo.

L'Herbagerie, novela por M. Balzac.

Se admiten encargos de libros para el extranjero.

COMEDIAS DE VENTA EN LA LIBRERIA DE ESCAMILLA.

Doña Urraca, drama original en prosa y verso y en cuatro jornadas, su autor D. Eusebio Asquerino.

Cura deslices de amor, mas prudencia que rigor, comedia original en un acto y en verso, por D. Francisco G. Elipe.

El hombre pacifico, comedia original en un acto y en verso, por D. Manuel Breton de los Herreros.

Este periodico sale todos los Jueves.

El precio de suscripcion en Madrid es el de cuatro rs. mensuales, llevado á casa de los señores suscritores; 18 en las provincias, por un trimestre franco de porte; 34 por seis meses y 60 por un año.

Los números sueltos se espندن á dos rs. en los puntos de suscripcion en Madrid, que son los siguientes: librería de Cuesta, frente á las Covachuelas: estamperia de Valle, calle de Carretas, frente á la de Majaderitos; y en el almacén de papel calle de la Concepcion Gerónima, esquina á la plazuela del mismo nombre.

PRÓVINCIAS. Alcoy, Cabrera; Algeciras, Grimaldi; Alicante, Carratalá; Almería, Santamaría; Avila, Sastre Beal; Badajoz, viuda de Carrillo; Barbastro, Laffita; Barcelona, Piferrer; Bilbao, Delmás; Burgos, Arnaiz; Cádiz, Hortal y compañía; Cartagena, Benedicto; Castellon de la Plana, Gutierrez Otero; Córdoba, Lopez Latorre; Coruña, Perez; Ferrol, Tajonera; Gibraltar, R. L. Hepper; Granada, Bada y Linares; Guadalajara, Ruiz; Jaen, Orozco; Leon, Miñon y Paramio; Logroño, Ruiz; Lugo, Pujol; Málaga, Carreras; Orense, Gomez Pazos; Oviedo, Longoria; Palma, Guasp; Pontevedra, Sr. administrador de Loterías; Reus, viuda de Angelon; Ronda, Fernández; Salamanca, Blanco; Santander, Riesgo; Santiago, Rey Romero; Sevilla, Hidalgo y compañía, y D. Luis Manuel de la Pila; Valencia, en la administracion de Correos; Valladolid, Pastor; Vitoria, Flores; Zaragoza, Yagüe. Y en las administraciones de Correos de Arévalo, Barcelona, Buitrago, Cáceres, Ciudad Real, Huelva, Lérida, Murcia, Palencia, Santander, San Sebastian, Sevilla, Tarancon y Tuy.

NOTA. La redaccion está establecida calle del Principe, núm. 13, cuarto entresuelo de la izquierda, adonde se dirigirán las reclamaciones y las cartas francas de porte.

Editor responsable J. GUERRERO.